

LIZ, Antonio Manuel (ed.), *Realidad sin velos*, Barcelona, Laertes, 2009.

Los motivos para dudar de nuestros conocimientos coinciden, por lo general, con los que tengamos para dudar de su inmediatez, esto es, para sospechar que existen intermediarios que desvirtúan la información que nos llega de la realidad. Por ejemplo, el relativismo y el constructivismo que tan amplia acogida han encontrado en la filosofía de la ciencia del último medio siglo son ligeras extrapolaciones de las tesis de Hanson y Kuhn acerca de la carga teórica de la observación. Se piensa que si la observación, considerada tradicionalmente el terreno firme del conocimiento científico, no está exenta de contaminación teórica, poco de valor cognitivo cabe atribuir a la ciencia. Pero, ¿no hay un modo de resquebrajar el caparazón de esas dudas? ¿No habrá reductos de conocimiento directo? ¿de un conocimiento en el que no intervenga el sujeto con sus creencias ni siquiera con sus representaciones o sus conceptos? El conocimiento perceptivo sería sin duda el mejor candidato, y ser realista directo respecto a él significaría admitir que incluso las cualidades sensibles están en cierto modo en las cosas y no en los sujetos. Esto es lo que se entiende por realismo directo en el libro que es objeto de este comentario.

El libro reúne nueve trabajos de miembros del grupo interuniversitario de investigación LEMA, con sede en la Universidad de La Laguna. Se trata de breves ensayos, en su sentido propio de tentativas, que versan sobre el realismo directo, en los que se presta especial atención a nuestro conocimiento perceptivo. La variedad de enfoques desde los que abordan dicho tema hace de ellos una excelente contribución al mapa de cuestiones relacionadas con él.

En el primer capítulo («Una mirada atrás») Manuel Liz traza un extenso resumen histórico de la filosofía de la percepción desde Alcmeón de Cretona y Anaxágoras hasta nuestros días. En realidad se trata de una introducción temática al resto del libro tomando a la historia como pretexto. Al final del capítulo sostiene que se pueden situar las diferentes doctrinas históricas acerca de la percepción a lo largo de tres dimensiones. La primera dimensión va desde el realismo directo, posición a la que se acercaron Aristóteles o Thomas Reid, a un constructivismo radical, en el que es fundamental la actividad del sujeto en la configuración de las percepciones. La segunda dimensión representa la tensión entre empirismo y racionalismo, dos formas modernas de justificar el contenido cognitivo de nuestras percepciones, de las que la segunda parece haber tenido más acogida posterior. Y, en fin, la tercera dimensión transcurre desde el viejo optimismo acerca del valor cognitivo de nuestras percepciones, en el que era difícil explicar las percepciones erróneas, al pesimismo y la desconfianza posterior a Descartes y Locke, donde el problema es explicar la veracidad de la percepción. Tras este recorrido histórico Manuel Liz presenta la recuperación del realismo directo, esto es, la reivindicación del valor de la percepción desnuda, como un objetivo en buena medida a contracorriente, pero que constituye una vuelta a Aristóteles y, en última instancia, una «vuelta a casa».

El título del ensayo de David Pérez Chico, «La recuperación del mundo ordinario», indica el modo en que concibe esa vuelta a casa. Una recuperación que ve en el segundo Wittgenstein y destaca en dos autores a quienes considera sus continuadores en este empeño: Hilary

Putnam y Stanley Cavell. Ambos estarían de vuelta como Wittgenstein de esa afición de los filósofos a formular problemas que superan nuestra capacidad para resolverlos. El realismo interno de Putnam ya fue una reacción contra el realismo científico por su desprecio de las intuiciones realistas del sentido común, y su posterior «realismo con rostro humano» constituye, según Pérez Chico, un acercamiento más claro hacia un tipo de realismo directo con su crítica a la doctrina tradicional de los datos sensoriales y su consiguiente negación de que todo conocimiento deba estar mediado por representaciones. En la filosofía de Cavell, por otra parte, la recuperación del mundo ordinario pasa necesariamente por renunciar a las pretensiones de universalidad y certeza que han causado el alejamiento de la filosofía tradicional de nuestras formas de vida.

En el capítulo «El nueve y el “misterio de las mismas personas diferentes”», Margarita Vázquez sitúa la idea de realismo directo en el ámbito de las ciencias sociales. Parte de situaciones en las que el acierto de una decisión depende de que solo un limitado número de los agentes involucrados la compartan individualmente. (Se estará bien en una playa o un bar si solo algunos de sus posibles ocupantes piensan lo mismo y acuden a ese lugar), y subraya que el modo de encarar este tipo de situaciones es recurriendo a un tipo de modelos, en los que destaca dos características propias del realismo directo. Por una parte la *inmediatez* respecto a la realidad social: un modelo no parte de una teoría ni siquiera de unas leyes sociales de carácter más o menos universal, sino que surge de la interacción del agente con la evolución de la situación. Por otra parte, los modelos no serían meras ficciones útiles. En defensa del *carácter*

*realista* de los modelos Margarita Vázquez acude al constructivismo social de Searle, para quien, en muchas circunstancias, la estructura de los modelos utilizados en ciencias sociales coinciden con las que implícitamente dan forma a los sistemas sociales reales, lo que explicaría la capacidad de muchos modelos para representar la evolución de los sistemas sociales. De todos modos, Margarita Vázquez acaba postulando una revisión del constructivismo de Searle que, atendiendo a ciertas restricciones materiales concretas, acoten su alcance.

En el siguiente capítulo, «Percepción y no conceptualidad», Andrés L. Jaume afronta el dilema de que la percepción directa, sin mediación de conceptos ni creencias, aunque sugiere un acceso privilegiado a la realidad, parece carecer de relevancia cognitiva, mientras que sí, como se ha pensado tradicionalmente, la percepción incorpora algún intermediario representacional que facilita su conexión con otras creencias de nivel superior, la existencia de un elemento interpuesto entre el sujeto y la realidad exterior le resta fiabilidad. Sostiene que los conceptos que acompañan a toda percepción significativa no deben ser tenidos como fuentes de posibles errores perceptivos (la cuestión radicaría en el uso que hagamos de los conceptos) ni constituyen un bagaje invariable previo que condicione toda experiencia perceptiva (creamos nuevos conceptos), de donde concluye que la mediación de conceptos en la percepción no constituye necesariamente un velo interpuesto entre el sujeto y la realidad y que no hay una oposición insalvable entre conceptualización y acceso directo.

En el ensayo «Percepción y actos de habla», Juan José Colomina resalta los rasgos que considera acordes con el realismo

directo en la filosofía del lenguaje de J. L. Austin. Especialmente en su crítica a la teoría de los *sense data* del positivismo lógico: una teoría, según la cual nuestra percepción no es directamente de los objetos del mundo físico, sino de una representación mental del mismo, y todo el conocimiento debería estar organizado sobre una base de enunciados básicos o protocolares acerca de los que no cabe dudar. En esta crítica Austin parte del análisis lingüístico de los actos de habla con los que describimos nuestras percepciones y se basa en su concepción contextualista del significado y la verdad de tales actos: una concepción que pone el énfasis en las convenciones sociales que determinan el modo en que se realiza la comunicación humana respecto a las percepciones, y en la que no hay lugar para enunciados básicos indudables. Aunque Colomina no está de acuerdo con el externalismo radical de Austin, cree interesantes y cercanos al realismo directo algunos rasgos epistemológicos que considera sutilmente implícitos en su filosofía del lenguaje. En especial la convicción de que es la realidad compartida por todos los hablantes, lo que hace que los diferentes marcos lingüísticos no sean inconmensurables.

El trabajo de María Ponte, «Realismo directo y entidades abstractas», se presenta como el esbozo de una defensa de tales entidades frente a concepciones nominalistas. Admitir la realidad de las entidades abstractas exige, por una parte, una epistemología suficientemente amplia que incluya el acceso a ellas, a pesar de que se trata de entidades que carecen de localización espaciotemporal y de capacidad de interacción causal. Y, por otra parte, sería necesaria una ontología lo suficientemente plural como para acoger entidades tanto empíricas como abstractas sin recurrir a

ningún tipo de reduccionismo entre ellas. María Ponte encuentra prometedor el análisis semántico. Sin embargo, no cree aceptable la tesis de Quine de que las entidades matemáticas existen porque son necesarias para la ciencia, ni le convence la insistencia de los neofregeanos en la prioridad del lenguaje sobre la realidad y de la verdad sobre la referencia. No obstante, al final, destaca lo que considera una idea central en las tesis neofregeanas que suele pasar desapercibida: propiamente no dirían que el lenguaje determina la realidad, sino que en cierto modo la realidad «adopta los contornos de nuestro lenguaje». Habría que precisar el significado de esa «adopción», pero no cabe duda de que permitiría una ontología lo suficientemente amplia como para dar cabida a las entidades abstractas.

El ensayo de José R. Herrera, «Lógica epistémica para una realidad sin velos», comienza advirtiendo que las lógicas epistémicas usuales suelen tomar como base una concepción representacionista del conocimiento, según la cual, éste se define como creencia verdadera justificada. Señala que este enfoque no es compatible, claro está, con el realismo directo, entre otros motivos porque, según éste, no todo conocimiento comporta creencia ni exige justificación. Pero es más, esa concepción del conocimiento genera diversos problemas en lógica epistémica, entre ellos, el del mismo tratamiento formal de las nociones de conocimiento y creencia y de las relaciones entre ellas. Al análisis de estos problemas dedica Herrera la mayor parte de su contribución. Luego propone dos vías de solución que se muestran cercanas a una concepción no representacionista del conocimiento y concluye que es posible apoyar las tesis del realismo directo desde los planteamientos

y análisis formales propios de la lógica epistémica.

La contribución de Manuel Liz a este libro se completa con otros dos capítulos, «No hay creencia sin dolor» y «Tres lecciones sobre el realismo directo», que, aunque de estilos diferentes (el segundo tiene forma de diálogo), son en gran medida complementarios. Insiste Manuel Liz en que un realismo directo exige una ontología en la que las cualidades sensibles, como el color, el olor o el sabor, sean de algún modo propiedades de los mismos objetos físicos; una ontología muy distinta, claro está, a la postulada por Galileo y Newton, que negaban realidad física a tales propiedades. En la nada fácil tarea de situar las cualidades sensibles en el mundo físico Liz recurre a la noción de parte integrante de una cosa, definiéndola del siguiente modo: A es parte integrante de B cuando si A no fuera como es, B podría no ser como es. Y a partir de aquí propone considerar a las cualidades sensibles como cualidades integrantes de algunos objetos físicos. Pero para entender este paso es imprescindible entender su noción de «camuflaje», que se refiere a la capacidad de muchas entidades de situarse en su medio aprovechándose de cualidades sensibles que surgen en otras entidades. Así decimos, por ejemplo, que el camaleón tiene la capacidad de camuflarse de sus depredadores. A lo que podríamos añadir que los camaleones podrían no ser como son si sus depredadores no los confundieran con las hojas o ramas del entorno. Lo cual nos permite concluir que, según la definición anterior, una cualidad sensible como el color es parte integrante de los camaleones. Manuel Liz sostiene además que esta generosa noción de camuflaje no solo es aplicable a los organismos: también lo es a los objetos físicos, de modo

que éstos integrarían colores, olores o sabores, como exige una ontología acorde con el realismo directo. En esta ontología es fundamental el cambio que se produce en la noción de objeto físico en cuanto entidad espaciotemporal. Si nuestras sensaciones de color, olor o sabor pertenecen a los objetos mismos, éstos, al ser percibidos, se prolongan hasta nosotros adquiriendo en nuestras mentes una «segunda piel». Pero subraya Manuel Liz que no es que los objetos físicos causen en nosotros tales sensaciones, porque en cierto modo hay también en nosotros una capacidad de revestir a los objetos con la segunda piel de nuestras sensaciones. Así sería posible «concebir» sin ninguna contradicción a las cualidades sensibles como propiedades del mundo físico, con lo que el realismo directo se convertiría en una posibilidad coherente (p. 206).

Como decía al principio, los trabajos recogidos en este libro son tentativos, primeros acercamientos, en muchos casos, en los que las sugerencias y las metáforas ocupan aún el lugar de lo que habrán de ser razones más sólidas y en los que, por tanto, las conclusiones no pueden ser ahora muy precisas. En cualquier caso, son muchos los méritos de este libro, empezando por el proyecto pragmático que lo anima de recuperar la sensatez implícita en las certezas que hacen posible la vida cotidiana. Por otra parte, la variedad de campos en los que se aplica la noción de realismo directo y el visible esfuerzo de los autores por acercar los asuntos tratados a cualquier persona interesada por la filosofía se suman a los motivos que hacen totalmente recomendable la lectura de este libro.

Sebastián Álvarez Toledo